

SELECCIÓN FÁBULAS 2

RECONCILIACIÓN



Jesús Beltrán Gázquez



Post: Metro: Polis
(Lo que queda) después de



RECONCILIACIÓN







RECONCILIACIÓN

JESÚS BELTRÁN GÁZQUEZ

Postmetropolis Editorial
2023





Postmetropolis Editorial/Ediciones El Berretín

Madrid y Montevideo

Noviembre de 2023

Edición:

Pablo Sánchez León

Maquetación:

Pablo Sánchez León

Cubierta:

Pablo Sánchez León

Diseño de colección y de la cubierta:

Miguel Sigler

Ilustración de la cubierta:

Fotocomposición del autor

Referencia: Jesús Beltrán Gázquez, *Reconciliación*, Madrid, Postmetropolis Editorial, 2023, 348 pags.

ISBN: 978-84-126984-1-1





ÍNDICE

1. EL RELOJ DE ARENA	5
2. CONTRATIEMPO	27
3. LA VIDA DE LOS LIBROS	57
4. EL RELOJ DE TIERRA	83
5. DENOMINACIÓN DE ORIGEN	113
6. DISPAROS DESPUÉS DE LA GUERRA	135
7. APELLIDOS	159
8. MI VIDA DE MI PADRE	193
9. RESERVA DEL 36	221
10. MI VIDA DE MI ABUELO	251
11. TRENES QUE NO VUELVEN	275
12. EL FANTASMA	307
NOTAS	331







A mi padre,
por su heroica alegría;
a Dima,
el hombro donde lo lloré.







1. EL RELOJ DE ARENA

El pasado es la sustancia de la que está hecho el tiempo.

Jorge Luis Borges

Nadie me ha dado el pésame por la muerte de mi padre. Tampoco a él se lo dieron por el suyo, pero no es una tradición familiar, mis dos hermanos me acompañan en la puerta de la iglesia y ellos sí han recibido condolencias.

Es la primera vez que hago de doliente en un funeral. Desde el otro lado siempre me pareció una especie de besamanos, se saluda a todo el que esté allí dispuesto, son ceremonias que no cambian. Un entierro es un baño de masas para el difunto, casi seguro el único de su vida, pero los verdaderos protagonistas, como en un besamanos, son los que dan el pésame. Por un momento se sitúan en el punto de mira de todos, uno tras otro deben definir su grado de proximidad con el difunto eligiendo el gesto más adecuado, un golpe de cabeza, un apretón de manos, dos besos, un abrazo, y a la vez mostrar sus sentimientos por cada uno de los familiares, que examinan cada detalle. Sin embargo aquí nadie ha dado el pésame a más de uno de los dolientes.

Yo he estado esperando en vano cualquier mínimo gesto, pero eso no quiere decir que me haya sentido ignorado. He tenido mi repertorio de miradas: la que se sorprende de verme en el entierro de mi padre; la que se pregunta dónde habrá estado metido este todo estos años; la de reproche por mi marcha y la de reproche por mi vuelta; la inevitable mirada de reojo; la que se disculpa por no mostrarme sus condolencias; la que se avergüenza de no hacerlo; la mirada huidiza, que esconde siempre algo más; la de un odio tenaz, que parece decir ¿crees que por mucho tiempo que haya pasado te voy a dar el pésame? Yo he contestado con otra mirada que también habla, ¿creías que por más tiempo que hubiera pasado iba yo a esperar que tú me dieras el pésame? Como si por los sentimientos no pasara el tiempo.

Ni siquiera quien no te mira te ignora, el Matacristos era un muchacho del pueblo que se creía invisible porque nadie se atrevía a mirarlo cuando él te miraba. Por cierto, no lo veo entre la concurrencia.





A veces nos amenazaba con su navaja, más que nada para decir estoy aquí. Tenía cara de asesino pero nunca lo creí capaz de matar a nadie. Tampoco los asesinos tienen por qué parecerlo, sobre todo no se lo parecen a sus amigos y familiares. Quién sabe cuántos pasan ahora delante de mí, parientes de asesinos que ni siquiera lo saben. Este es un país en el que los criminales no acabaron en la cárcel ni fueron juzgados, sino que prosperaron y crearon familias, muchos han heredado sus crímenes igual que sus propiedades, como algo propio.

No me reconozco en los ojos de toda esta gente, me marché del pueblo en cuanto pude y he vuelto en contadas ocasiones, no eres tú al que ven sino al que fuiste, también yo me veo obligado a verlos a ellos igual que eran hace años. Un rosario de caras que adivinar, como si para el pasado no pasara el tiempo.

He sentido la necesidad de apartar la vista de ese espejo confuso que es la mirada de los otros y distingo a lo lejos a Natasha. Hace rato que no la veía. Después de que la pelea en la taberna me dejara hecho un cristo estuvo intentando mejorar mi aspecto de camino al funeral, incluso se entretuvo en reparar el bolsillo de mi camisa en plena calle con uno de sus imperdibles, así que hemos llegado con algo de retraso a la ceremonia y ella no ha querido entrar en la iglesia para recibir el pésame con las demás mujeres de la familia, ha preferido perderse en la multitud.

Si no fuera la mujer con la que vivo desde hace quince años me parecería una turista extranjera que contempla el monumento a los caídos por España con el mismo interés que si se tratara de un obelisco romano. No es más que un tosco monolito rematado por una cruz oxidada en el que siempre han meado los perros callejeros. En medio de la explanada servía de parapeto cuando a algún niño le daba un apretón. En aquellos tiempos de mierda la diarrea te sorprendía en cualquier parte, mi padre hubiera dicho lo mismo de su propia infancia, mierda de tiempos aquellos.

La curiosidad de Natasha por la inscripción del monolito es insólita, en esta época ya nadie se para a leer los nombres, además la ocasión es poco adecuada, delante de tantísima gente, les hace caer en la cuenta de que aquello sigue ahí. De pequeño también yo me paraba a leerlos, y cuando preguntaba de quiénes son esos nombres la respuesta era de vecinos del pueblo que perdieron la vida en la guerra. No debió de ser muy grande aquella guerra, pensaba entonces, porque nombres hay pocos. Es la misma observación que hará Natasha en el taxi que nos llevará al cementerio, cuando yo quiera saber por qué ha tenido que aguantar la risa ante el monolito. En Rusia, contestará, hubiéramos necesitado





RECONCILIACIÓN

todas las pirámides de Egipto para escribir los nombres de nuestros muertos en las guerras mundiales. Tendré que explicarle entonces que en los monumentos españoles a los caídos en la guerra civil solo figuran los de un bando.

Al verla en la distancia taparse la boca delante de la inscripción se me ha escapado una sonrisa. Menos mal que ha quedado en eso, a unos amigos les dio la risa en el entierro de su padre, son gemelos y solo tenían que mirarse para alimentarse el uno al otro, hasta que ya no pudieron parar de reír. Los gemelos son una anomalía social, es como tener el subconsciente de uno mismo andando por ahí afuera, sin control. Con uno de mis hermanos tuve siempre una gran complicidad, igual que si fuésemos gemelos. Todavía en la primera juventud compartíamos habitación y amigos, al acostarnos nos quedábamos charlando en voz baja, haciéndonos confesiones, hasta que mi madre nos mandaba callar para que durmiéramos y dejáramos dormir.

Al otro hermano se lo comía la envidia, pero él tenía a mi madre, son tal para cual. Es bastante evidente que el mayor representa a la familia de mi madre y el otro a la de mi padre, como si la naturaleza hubiera querido dejar claro en primer lugar de quién son los hijos. Y como si hubiera tenido después que demostrar que los hijos son hermanos nació yo, el tercero, el que se parece a los otros dos, que no se parecen entre ellos, el eslabón que los une, el lazo genético entre las dos familias. Algún que otro asistente al funeral se ha sorprendido al descubrir a un tercer hermano, pero se ve que el parecido que tengo con cada uno de los dos no es suficiente para confundir a nadie, la prueba es que nadie me ha dado el pésame en el entierro de nuestro padre.

De adolescentes no hubiera sido buena idea llevarnos juntos a un funeral, este hermano que ha estado a mi izquierda y yo nos habríamos partido de risa solo con mirarnos, igual que mis amigos gemelos. Era lo que más nos hacía reír de niños, la seriedad, en especial la de las ceremonias, pero con la edad nos convertimos en personas graves. Mi padre me lo advirtió una vez, eres una persona muy seria, aunque tuvo la delicadeza de no decir demasiado seria y me lo tomé como un cumplido. No me extraña que le agradara tanto mi mujer, por su jovialidad, sobre todo que ella no la deje de lado en situaciones tan poco adecuadas como esta. Para Natasha nunca es mal momento de poner buena cara, mi padre también fue así toda su vida.

Es su primer funeral en España, y por la gran cantidad de personas que han asistido la turista extranjera, tomémosla así, podría pensar que el difunto es alguien eminente, pero aquí en Andalucía el sepelio de un simple fontanero congrega a todo un pueblo. Y no digamos cuando se



trata del funeral del famoso hijo del carpintero, en los primeros tiempos del gobierno de Franco incluso te podían fusilar, si no lo habían hecho ya, si eras de los que no acudían al santo entierro. Un privilegiado, ese hijo de Dios, con su funeral cada año. En cambio mi abuelo nunca tuvo entierro, igual que miles de víctimas del franquismo. Tener un funeral no prueba que se haya existido, como no tenerlo no quiere decir lo contrario. Los entierros entonces se hacían sin dolientes ni testigos y los funerales sin muertos. En aquellos años de terror estabas obligado a asistir al funeral de los asesinos de tu padre, de tu hijo o de tu hermano, si no querías correr el riesgo de ser fusilado tú también. Tus muertos no te olvidan, esa es la leyenda que merecen en sus coronas funerarias los asesinos.

Hoy en día es otra cosa, en democracia ya no queda nadie a quien fusilar, aunque se conserva la costumbre de poner falta y quien no acude a un entierro se arriesga a ser vituperado en los mentideros. No valen excusas, por muy lógicas que sean: yo no voy al entierro de quien no va a ir al mío; ya que nadie me dio el pésame por mi padre yo no iré al de nadie. Como si los muertos no terminasen de morir hasta que no son reconocidos por todos.

La iglesia donde se celebra el funeral es la de San Agustín pero a la explanada se la sigue conociendo como el Paseillo, sin embargo yo nunca vi a nadie paseando por aquí. A pesar de que linda con la calle donde vivíamos mi madre me tenía dicho que no viniera a jugar a este solar, ideal para el trompo, las canicas y el fútbol, ¡no vaya a ser que los Bichitos te peguen una enfermedad! Los Bichitos eran niños pobres comidos de piojos y a quienes jamás encontré por más que la desobedecí. Si le hubiera hecho caso nunca habría aprendido a tirarme al barro para arrebatarse la pelota al contrario. Saber tirarse al barro da ventaja, la idea podría haber venido de mi padre, que se crio en la calle. El contrario, la victoria, la derrota, yo creía que todo eso no era más que un juego, que el adversario deja de serlo en cuanto la partida se acaba, pero eso solo ocurre en la infancia, en la infancia todo es mentira.

En aquellas primaveras llovía tanto que ni las bocas de siete leones eran suficientes para desaguar la plazoleta del Paseillo. Algunos años las procesiones de semana santa ni podían salir, de la laguna que se formaba en la puerta de la iglesia, y entonces los devotos lloraban y su llanto parecía contagiarse al cielo y llovía todavía más. Durante una semana entera no estaba bien visto alegrarse de la lluvia, que sin embargo es una bendición para los campos. La diferencia entre una persona supersticiosa y un católico convencido es que cuando saca la imagen de un santo en procesión para pedir que llueva, el católico acaba lamentándose

por el aguacero, como si el cristianismo, con el paso de los siglos, de sus concilios y del trabajo minucioso de fabricación del dogma que tuvo lugar en conventos y monasterios, hubiera acabado olvidando que la metáfora es un medio y no un fin.

El viernes santo era el día grande, el único del año en el que yo tenía permiso de mi madre para acercarme al Paseillo. Por la mañana ella me levantaba temprano para que cogiera sitio, antes de que la plaza se llenara de gente para ver salir a la Virgen de la Pena y al Jesús Nazareno con la cruz a cuestas, que bendecía al pueblo con su mano de madera mientras era llevado a hombros por la calle Ancha, llamada entonces General Sanjurjo. Un año en que llovió a mares los soldados de la Legión española fueron los únicos que se atrevieron a desfilar a pesar del diluvio, con su rostro dirigido al cielo y su novia, la muerte, en el pensamiento.

Desde la victoria de Franco las procesiones de semana santa son en realidad desfiles fascistas. Siguieron cuarenta años de una interminable procesión de silencio, los verdugos de cada pueblo se convierten por primavera en anónimos penitentes, ocultos bajo el capirote de nazareno redimen sus crímenes ensalzando la imagen del cristo del amor. Cuando van bien cargados de vino hay costaleros que en lugar de ¡viva Cristo rey! y ¡arriba con ella! gritan ¡viva Franco! y ¡arriba España!

La primera vez que Natasha vio una procesión no pudo evitar la risa, cómo se les ocurre pasear a hombros una escultura. Verdaderamente esta mujer parece venir de otro planeta. Igual que un bicho raro, así me veía una compañera de trabajo que quiso saber si soy de los que ven las imágenes sagradas como simples muñecos. Pero me defendí a tiempo, ¿eres tú de las que ven a Dios en las figuras? Me pregunto si los pasos de semana santa son gigantes o molinos. A la mayoría de imágenes que se adoran en Andalucía hay que echarles mucha imaginación para ver allí al hijo de Dios.

Sin embargo el Jesús Nazareno que cada viernes santo sale del Paseillo tiene un rostro impactante. Según la leyenda popular el artista se inspiró en un gitano que acababa de recibir un navajazo en una reyerta. Y con el tiempo ha ocurrido el milagro, la escultura ha acabado siendo el vivo retrato de uno de los quinquis más famosos de la localidad, el Matacristos, quien protagonizó, por cierto junto a dos hermanos que se hacían llamar los Legionarios, un episodio antológico. Se ve que los tres salen borrachos un viernes santo del bar de la Casa del Pueblo y a uno de ellos se le mete en la cabeza que por allí no pasa la procesión del silencio que viene calle arriba; el otro que lo que diga mi hermano va a misa, grita ¡no pasarán!; y el tercero, la viva imagen del Jesús Nazareno,



agarra la cruz de guía como si fuera una espada y desplazándose con ella en alto hacia el interior de la procesión va derribando a su paso los capirotos de toda una fila de penitentes.

Entre los nazarenos se descubrió a más de un obrero que desfilaba también en las manifestaciones del primero de mayo. No es de extrañar, el recién elegido alcalde de Cádiz, un activista social que pertenece a una organización de izquierdas que está por el laicismo, acaba de conceder la medalla de oro de la ciudad a la virgen del Rosario. Política y religión son cosas distintas, se defiende él. De hecho la constitución de Cádiz de 1812 lo dejaba muy claro en su artículo doce: *La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica y romana, única verdadera*. Es como la respuesta de chiste que da un ateo a un evangelista que intenta atraerlo a su nueva religión: si no creo ni en la mía, que es la verdadera, ¿cómo voy a creer en la tuya!

Nada más tomar posesión, lo primero que ha hecho el alcalde ha sido quitar el retrato del rey Juan Carlos de su despacho para poner el del anarquista Salvochea, ese otro alcalde de Cádiz que durante la primera república española retiró las imágenes sagradas de las calles, se incautó de los edificios privados destinados al culto y prohibió la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y las asociaciones que exigieran el celibato. Una de cal y otra de arena, así se construyen las mayorías electorales. No sé si el apodo lo ganó el Matacristos ese día o ya lo traía de familia, lo cierto es que la procesión tuvo que volverse por donde había venido.

Recién llegada a España, Natasha se llevó un susto de muerte. Al cruzarse con un penitente que caminaba por la calle como un tonto de capirote en busca de su desfile, ella pensó que de no ser un fantasma no podía ser otra cosa que un verdugo. No iba descaminada, en la guerra civil falangistas y militares golpistas se daban prisa en asesinar para llegar a tiempo a la procesión, no tenían más que ponerse la capucha y la túnica encima de la ropa de trabajo. O la camisa nueva, las procesiones eran entonces auténticos desfiles de asesinos vestidos como Dios manda. Para un criminal no hay nada como hacerse católico, solo tiene que confesar su delito y que el cura haga de juez, *ego te absolvo* por los siglos de los siglos. Que la paz de los asesinos esté con vosotros, podéis ir en paz, rompan filas los soldados de Dios, y el cura dibujaba en el aire el signo de la muerte, la cruz. En aquellos años del reino de Dios esa señal iba destinada también a los infieles que se señalaban al no asistir a misa, el cura les hacía la cruz, pasaporte seguro para el otro mundo. La muerte, el único otro mundo posible.



Inevitablemente llegó el día en que Natasha quiso saber qué tiene que ver la semana santa con el Ku klux klan. En uno los malos son los negros y en la otra los judíos. Lo que ella se pregunta ahora es por qué la gente se arregla tanto para un funeral, chaqueta oscura los hombres y conjunto cerrado las mujeres, en pleno mes de agosto en Andalucía, por qué en este pueblo nadie sale desarreglado a comprar el pan.

La comitiva del entierro recorre en coche la calle principal, la Corredera. Cuando yo era pequeño, los sábados por la tarde se llenaba de gente paseando en una especie de procesión algo desordenada. Cientos de personas caminando de un extremo a otro de la calle y vuelta a empezar, de manera que todo el mundo se cruzaba con todo el mundo, una y otra vez, y cada vez se saludaban. Un gran baile social en el que estaban presentes, además de los curas del pueblo, todos los elementos burgueses con sus familias, el alcalde y concejales, los oficiales del acuartelamiento, los directores y empleados de banca, los encargados de las bodegas, los dueños de los establecimientos comerciales y los pequeños y medianos propietarios de tierras, los funcionarios municipales y en fin todo aquel que iba haciéndose un hueco en la sociedad. Los que nunca asistían eran los aristócratas, los señoritos terratenientes y los dueños de las grandes bodegas, a esos había que ir a misa un dieciocho de julio o un doce de octubre para verlos. Hace mucho tiempo la Corredera se recorría con caballos, años después con coches de caballos y más tarde a pie, había que ir haciendo sitio a toda la gente con ambiciones sociales. Servía además de escaparate para buscar pareja, muchas familias han salido de ese formidable mercado de ganado, así lo expresaban los hombres solteros, se ve buen *ganao* en la Corredera.

Mis abuelos no faltaban ni un sábado al paripé, y mi madre paseaba de la mano a mi hermano mayor, mientras el otro hermano y yo jugábamos a perdernos y encontrarnos en aquel inmenso bosque de piernas. La última vez ideamos un juego que consistía en pedir una peseta a los paseantes, a ver cuál de los dos conseguía más. Fue la única vez que nuestro padre nos pegó, un buen guantazo a cada uno cuando llegó a casa con la noticia que le habían contado en las tabernas, tus hijos pidiendo dinero a todo el mundo, sin distinción de clase ni condición. Tardé muchos años en saber por qué se ofendió tanto. Qué pensaría de mí si me viese ahora, esperando el pésame como el que pide limosna.

—No me digas que no es cómico, tú ahí, peripuesto y nadie se te acerca.

Natasha ha observado la escena del pésame y no le faltan comparaciones, dice que le he parecido un intruso en un besamanos, un



maniquí sin brazos, la figura secundaria de un paso de semana santa, a la que nadie reconoce, el ladrón rodeado de dos cristos, el ídolo de una religión extraña.

Ella me habla mientras veo su imagen sonriente reflejada en la ventanilla del taxi. Y de nuevo hace algo que me sorprende, se santigua imitando el gesto de algunas mujeres al paso del coche fúnebre que nos precede en la comitiva.

—¿Qué haces? —le regaño.

—Es como en un espejo.

—Nunca te había visto hacer la señal de la cruz.

—Acabo de descubrir que los católicos se persignan hacia el lado contrario.

—¿Es eso lo que te parece gracioso?

—Si no conoces lo que hay detrás, este país tuyo resulta de lo más cómico —y continúa ella santiguándose hacia un lado y hacia el otro.

No sé si lo he dicho pero mi mujer es rusa, y aunque tardó en dominar la lengua castellana lo que yo en aprender los pronombres en su idioma, todavía mantiene cierto acento que la delata, además sus rasgos eslavos son muy marcados. Pero como los católicos de mi pueblo no han visto más venus bolchevique que las protagonistas de las películas porno que miran sin voz para no llamar la atención de sus santas esposas, todos estos caballeros españoles han tomado a Natasha por británica o alemana y los más audaces se han dirigido a ella en un inglés macarrónico, *berijóh, pretiguoman, duyulái espáin*¹.

El desconocimiento general que tienen los españoles acerca de las personas de los antiguos países comunistas le ha venido a ella de perlas para encontrar trabajo de camarera, y son muy pocos los jefes que deciden despedirla al descubrir que no habla inglés. Los propietarios de alojamientos turísticos son hombres muy sensibles a la beldad femenina, sobre todo a la belleza eslava.

«¿Por qué Dios es tan generoso con los rusos? —se puede leer en la página web de una revista española de actualidad—; generación tras generación nacen mujeres realmente bellas en Rusia». Parece que el autor del artículo sabe de lo que habla porque además se atreve a revelar las razones «del fracaso del feminismo y del triunfo de la feminidad en Rusia». La explicación a la belleza de las rusas la encuentra el periodista en la alta competencia que se han visto obligadas a desarrollar las mujeres, debido a que la proporción de hombres en la nación más extensa del mundo es muy inferior a la de países como Australia, Japón o Alemania. Este desequilibrio demográfico se mantiene desde la segunda guerra mundial, cuando una considerable parte de la población masculina



soviética no regresó de los campos de batalla. En lo que se refiere al motivo por el que las rusas de hoy nunca han sentido la necesidad de imitar un estilo de vida masculino, reconoce el comentarista que se debe a que en la época soviética ellas ya habían sido igualadas con los hombres en lo que respecta a los derechos sociales y al acceso a la promoción laboral y a una completa educación. Sin embargo advierte que por lo que sí han tendido que luchar es por su feminidad, ya que el ideal de belleza soviético era el de una mujer trabajadora, «una obrera o campesina recia y abnegada, con el pelo recogido y sin maquillar». Algunas de estas ideas son la prueba de que el tiempo no pasa igual por unas ideologías que por otras, las ideas conservadoras se conservan a través del tiempo mucho mejor que las progresistas, que progresan con los tiempos, tal vez porque solo las conservadoras son auténticas ideologías. El tiempo no pasa por las ideas, que diría Platón².

—Siempre consigues ser el centro de atención, Nata, te vi hablar con mucha gente. ¿Qué les decías?

Con su llamativo vestido de flores multicolores, tan poco adecuado para la ocasión, y una docena de imperdibles clavados en sus orejas, mi mujer pasa por una turista inglesa despistada. Sin levantar sospechas de tener relación conmigo se ha podido dedicar a preguntar *cuál es la razón por la que usted no ha dado el pésame a los tres hijos del difunto*. Por supuesto todos los interpelados se han visto sorprendidos por la pregunta, no han tenido tiempo de inventar una excusa y la mayoría ha contestado con toda sinceridad.

Según me dice ella, las dos repuestas que más se han repetido lo han hecho casi con la misma frecuencia: *yo no doy el pésame a rojos y yo no doy el pésame a fachas*. Pero no es esto lo que más le sorprende a Natasha, incluso cualquier turista extranjero ha oído aquello de que no hace demasiado tiempo hubo en España una guerra civil que fracturó la sociedad y dividió a las familias, eso explica que casi ningún asistente al entierro haya dado el pésame a más de uno de los tres hijos del difunto; lo que realmente le choca a mi mujer es que a uno de los tres hermanos nadie le dé el pésame, justo al que está en medio, el único que no usa corbata, no hay quien le estreche la mano.

—Quiere decir que la mitad del pueblo te considera facha y la otra mitad rojo —Natasha razona siempre en voz alta, no tiene reparos en decir lo que piensa, se diría que no piensa sino que habla—. ¡Dos tendencias políticas tan distantes! Creo que ahora entiendo la respuesta que me ha dado más de uno: *yo no doy el pésame a traidores*.

—En este país ser tachado de traidor es algo normal —la tranquilizo.



—¿Desde la guerra civil? —quiere saber ella.

—Sobre todo desde que los traidores a la república consideraron traidores a España a quienes en realidad defendían las dos.

Incluso hubo miembros de la División azul que prefirieron quedarse en la Unión soviética al acabar la segunda guerra mundial.

—Pero ni tus hermanos ni tú participasteis en ninguna guerra, ¿a quién podríais haber traicionado?

Se traicionan las ideas, la causa, el espíritu —el espíritu santo, el espíritu nacional—, se traiciona la patria, se traiciona al padre y al padre del padre, cosas de hombres que las mujeres no entienden.

—En España hay dos patrias —le explico—, por eso cualquier español va a resultar siempre un traidor. Incluso hay dos banderas —señalo con la cabeza el enorme lazo rojigualda que cuelga del espejo interior del taxi, seguro que molesta al conducir.

—¿Crees que hay peligro de otra guerra civil en España?

No veo la boca del taxista porque voy en el asiento trasero junto a Natasha, pero por su mirada en el retrovisor sé que él está muy interesado en la conversación. Prefiero tener la fiesta en paz y decido contestar en el idioma de mi mujer:

—Ya hay un enfrentamiento civil, aunque la guerra es otra cosa...

En el instante en que el conductor me oye hablar en ruso no puede evitar que su sorpresa se transmita al volante y que el coche dé un leve vaivén.

—La guerra es un asunto de cobardes —continúo, agarrándome al asiento delantero—, ataca quien se cree más fuerte, las guerras son en realidad agresiones. En la actualidad en España digamos que hay un equilibrio de fuerzas, el pueblo está más dividido que nunca, ahora sí que está enfrentado.

En España no hubo una guerra porque la sociedad se encontrara escindida en dos posiciones políticas irreconciliables, quien se dividió en 1936 no fue el pueblo sino el ejército, más bien los mandos militares, y la resistencia al golpe de estado demostró precisamente lo unido que puede llegar a estar un pueblo. Las guerras no entusiasman especialmente a los pueblos. Por ejemplo la descabellada empresa de la colonización de Marruecos solo interesaba a militares y empresarios insaciables, y por supuesto al rey, que era el criminal que los enviaba allí.

—No hay peligro de golpe de estado —sigo hablando en ruso— mientras los mismos ricos del franquismo y la Iglesia puedan seguir forrándose a costa de las arcas públicas.



En este reino de la hipocresía que es España la franqueza es revolucionaria, y Natasha tiene serias dificultades con la mentira. Hasta que conocí a mi mujer me había parecido que la verdad es lo que no suele decirse, sin embargo para ella la mentira es todo lo que se deja sin decir, de tal manera que no tiene ningún reparo en revelarme que la respuesta que más se ha repetido en el funeral entre el público de más edad ha sido —lo dice en castellano— *yo no doy el pésame al nieto de un traidor*.

—En España, *moya milaya* —continúo en ruso—, el pasado está más presente que el presente mismo. Quienes han respondido eso estaban pensando sin duda en mi abuelo, el padre de mi padre, el que desapareció en la guerra y nunca volvió.

—Algunos no han dado el pésame a ninguno de los dolientes, no entiendo entonces a qué vinieron, pero lo curioso de verdad es que los mismos que se han negado a darte el pésame porque eres —lo dice en español— *nieto de un traidor* han mostrado sus condolencias a alguno de tus dos hermanos, nietos de ese mismo traidor. ¡Ah, pero ese es de los míos! —lo dice en castellano—, esa ha sido su absurda coartada.

—El que traiciona a un traidor tiene perdón de Dios —prefiero decirlo en mi idioma y el taxista asiente con la cabeza, encantado con lo poco que entiende, que mi abuelo fue un traidor y que yo soy su nieto traidor.

Lo que ha dividido a este país no fueron las causas o los pretextos para el golpe de estado militar sino sus consecuencias, los crímenes de guerra, el exterminio y las represalias que siguieron a la victoria, los cuarenta años de dictadura y otros cuarenta de silencio. España se ha ido rompiendo en silencio. Ochenta años después este pueblo está partido en dos por un genocidio, los asesinos y desmemoriados por un lado y las víctimas inolvidables por otro. Las especulaciones de mi mujer reflejan el enfrentamiento social: los asistentes al entierro que dan el pésame al hermano de la derecha consideran a los otros dos como enemigos, y de igual modo los que han saludado al hermano de la izquierda tienen por adversarios a los otros dos. Quiere decir que todos consideran enemigo al hijo situado en el centro, al que unos acusan de rojo y otros de facha.

Desde luego yo no tenía necesidad de compartir mi pena con tantas personas, no es el motivo por el que he asistido a la ceremonia del pésame. Creí que sería una buena manera de saber lo que la gente ha llegado a sentir por mi padre, sin embargo lo que en realidad he acabado descubriendo es lo que en mi pueblo sienten por mí, y sobre todo lo que continúan sintiendo unos por otros y por sus muertos, los



funerales españoles son una especie de juicio universal, vivos y muertos están presentes.

—No entiendo por qué dais tanta importancia al pasado —se pregunta Natasha, una vez que estamos en el cementerio.

—Porque no ha pasado —me refiero a que sigue ahí, el escenario es inmejorable para decirlo de esta forma.

En realidad el hombre no es más que su pasado, no sería nada sin él, y eso incluye el tiempo anterior a la propia vida, lo llevamos en los genes. Ni siquiera podemos estar seguros de que sea el presente lo que vivimos, incluso hay gente que lo recomienda, vivir el presente, como si no lo hiciéramos, como si el presente fuese solo una manera de olvidar el pasado, y también el futuro, que es la muerte. Ambos esfuerzos son inútiles.

—Los mediterráneos dais demasiada importancia también a la muerte —observa Natasha, a la vista del lujo de lápidas y esculturas, no en vano este pueblo es famoso por su industria del mármol funerario. El único amigo que conservo de mi juventud era trotskista y ateo y todavía se gana la vida dibujando santos y cristos en la piedra.

—Supongo que los rusos estáis más acostumbrados a la muerte, perdisteis a más de treinta millones de compatriotas en la segunda guerra mundial.

No deja de ser paradójico que la nación que ganó esa gran guerra fue la que más víctimas tuvo. Uno puede pensar que de haber sucedido aquí cualquier batalla del frente oriental de la segunda guerra mundial la industria funeraria local se habría hecho de oro, pero muchas víctimas en nuestro país no tienen lápidas, cualquier tierra es tumba en España.

—Yo creo que en Rusia hay más desaparecidos que en tu país —me susurra, mientras acompañamos el féretro de mi padre hasta la tumba.

—Seguro que sí, pero los vuestros son soldados desaparecidos en combate, no *después* del combate y una vez que fueron hechos prisioneros.

Ni tampoco *antes* del combate, cuando ni eran soldados ni estaban armados. A los perdedores en la guerra española nadie los reconoció, durante décadas no se pudo hablar de ellos; como dice Alfons Cervera, son muertos clandestinos.

—¿Lo van a enterrar con sus padres? —advierte Natasha frente a la tumba familiar, en la que hay una foto de mis abuelos maternos.

—Son sus suegros.

—¡Qué tonta!, por un momento pensé que era el padre de tu padre —se disculpa ella—. ¿Es que la madre de tu padre tampoco está enterrada en este cementerio?



En este pueblo andaluz hay clases hasta en la muerte, los restos de mi abuela paterna yacen en un pobre nicho, muy alejado de esta tumba familiar.

Mi mujer no se explica cómo un país pequeño como España puede tener la cifra de desaparecidos más grande de Europa, incluida Rusia, y la segunda del mundo, solo por detrás de la aún más pequeña Camboya de los jemeres rojos. Pero no hace falta ser extranjero para no conocer demasiado bien lo que ha ocurrido aquí. Las personas que acuden al funeral son españolas y además la mayoría ha vivido, si no la guerra civil, al menos la posguerra y la dictadura de Franco, ¿no deberían por eso saber disculpar, después de tantos años y en aras de la tan ansiada reconciliación nacional, la participación del abuelo de los dolientes en cualquiera de los dos bandos de un conflicto que trajo la desolación a esta tierra? Y sobre todo, ¿qué pasa con los jóvenes que han asistido?, ellos no conocieron el enfrentamiento bélico ni la época más terrible del franquismo y sin embargo son igual de escrupulosos a la hora de ofrecer sus condolencias.

¿Cómo es posible que ochenta años después de la guerra la sociedad española esté enfrentada de esta manera? Natasha lleva casi una década en España y ha tenido tiempo de advertir que los españoles somos turistas de la historia de nuestro propio país, incluso de nuestra familia, de nosotros mismos. En realidad somos los parias de la historiografía. ¿Dónde se encuentra la respuesta al enigma de que nadie me dé el pésame por la muerte de mi padre? ¿De verdad en alguien que vivió y desapareció hace ochenta años? ¿Fue mi abuelo un traidor? ¿Se trata de un combatiente que cambió de bando en la guerra civil, tal vez de un desertor? Es muy probable que una turista extranjera no sepa que un gran número de soldados del ejército sublevado acabó desertando porque el servicio militar les cogió en el bando equivocado, o porque fueron reclutados a la fuerza por los golpistas, y casi con toda seguridad no estará informada de que a muchos republicanos se los obligó a luchar contra su propia bandera al caer prisioneros de los fascistas. A Rusia o a la Legión, era la opción que les daban, al cementerio lo llamaban Rusia; ser asesinados o asesinar. Hay algo peor que perder la guerra y es ganarla en el bando contrario.

Una vez a la semana en la mili teníamos charla y debate. Con la llegada de la democracia a España la institución militar debía mostrar una imagen más abierta y cercana a la sociedad civil. Primero un alférez recién salido de la academia de oficiales nos aleccionaba sobre



cuestiones teóricas fundamentales, la jefatura de las fuerzas armadas recae en el rey Juan Carlos, el ejército español se encuentra bajo el mando coordinado de la OTAN, los Estados Unidos de América son nuestro aliado natural... A continuación se abría un turno de preguntas en el que cualquier recluta podía intervenir. El oficial insistía en que no debíamos tener reparo de tratar cualquier asunto, así que los muchachos nos atrevíamos con todo, ¿cuándo se incorporarán las mujeres al servicio militar obligatorio?, ¿por qué el ejército no admite homosexuales?, ¿es cierto que los soldados americanos en Vietnam estaban drogados todo el tiempo?, ¿qué pasa si España ocupa Gibraltar? La conversación discurría más o menos entre bromas hasta que se oyó esta pregunta dirigida al alférez: «Si como acaba de decir usted, Marruecos es el enemigo tradicional del ejército español, ¿por qué Franco mandó a los moros a luchar contra el gobierno de España?». Se hizo un silencio repentino en el que pudo oírse algún gorrión que corría a esconderse dentro de una encina.

Bajo la sombra de uno de esos árboles el sargento chusquero, que era duro de oído, se encontraba medio tumbado tallando con su machete algún trozo de rama y en ese momento se incorporó como por un resorte. «¿Quién ha sido?» Un muchacho levantó la mano. «¡Póngase firme, soldado!», gritó el sargento mientras ejecutaba él mismo esa acción. Entonces el alférez de academia respondió desde su silla con demasiada cordialidad: «El ejército español salvó del yugo extranjero al noble pueblo de España». El sargento caminó hacia donde el recluta le esperaba firme y aterrado, y al llegar hasta él acercó su boca al oído y comenzó a gritarle con todas sus fuerzas: «El ejército español sacó del sueño extranjero al pobre pueblo de España. ¡Manténgase firme, soldado!», y siguió gritando al recluta en el oído el estribillo de tres versos que había malentendido de las palabras del alférez: «El ejército español / sacó del sueño extranjero / al pobre pueblo de España. ¡Todos firmes! —ordenó el sargento—, ¡vamos a cantar tan fuerte que nos escuchen en toda la provincia de Córdoba! ¡Señalando bien los acentos: el eJÉrcitO españÓl / sacÓ del suÉño extranJÉro / al pÓbre puÉblo de espÁña!».

El muchacho perdió la audición en ese oído y fue declarado exento del servicio militar «debido a que la sordera le ha sobrevenido dentro del cuartel, aunque por causas que este tribunal médico desconoce». No le dieron una paga pero al menos se libró antes de tiempo de la humillación que recibía casi a diario con los demás reclutas vascos, obligados en el patio del cuartel a cantar la letra franquista del himno español con el brazo levantado.



Justo en el instante en el que ese soldado hizo tan comprometida pregunta me disponía yo a hacer la mía: ¿Por qué a la reconciliación entre españoles se la llama reconciliación nacional si uno de los bandos de la guerra civil se autodenominaba ejército nacional?

Tengo que estar agradecido para siempre a ese recluta, de pequeño perdí un oído por una infección y de no haberse adelantado él a preguntar yo habría tenido una probabilidad solo del cincuenta por ciento de quedar totalmente sordo. Aunque lo más seguro es que el sargento me hubiera aplicado un castigo menor por no ser vasco, me enviaría a una celda de aislamiento, era lo más común, y para eso yo ya estaba preparado porque de muy pequeño en la escuela, cuando llorabas demasiado, las monjas te encerraban durante una hora en un cuarto oscuro. Pero nunca se sabe el grado de crueldad que puede llegar a imponer el hábito o el uniforme a quien lo lleva, al Matacristos lo tuvieron encerrado durante un mes de invierno, y sin calefacción, en el calabozo de un cuartel en los Pirineos porque se negó a arrastrarse por el hielo, como le había ordenado un oficial, del mismo ejército, dijo él, que había fusilado a su abuelo una vez acabada la guerra. El Matacristos volvió al pueblo trastornado y recibió una paga de enfermo mental.

Extraños nacionales los que perpetraron un genocidio con los nacionales de su propio país. Los generales golpistas obligaron a luchar a unos españoles contra otros, en eso consistió su cerrado nacionalismo. En España aprendimos que el poder es una maquinaria capaz de conseguir que un hermano mate a su propio hermano, incluso que un gemelo vaya contra su gemelo, quien es casi más él que él mismo. Habría que ver qué otra nación en la historia fue tan cruel con sus paisanos, incluso los soldados de la Rusia zarista se negaban a disparar contra los obreros insurrectos, por eso será que allí triunfó la revolución. Hans Magnus Enzensberger asegura que desde el siglo XIX el ejército español era una tropa ocupante en su propio país y que esa era su razón de ser.

La verdad es que el bando de los nacionales ni siquiera era un ejército, como dice José María García Márquez, «los soldados que se colocaron bajo los mandos sublevados estaban licenciados por decreto desde el mismo 18 de julio y desde ese mismo momento dejaron de ser un ejército para convertirse en bandas armadas, que es exactamente lo que eran». En realidad los soldados de reemplazo fueron secuestrados por una banda de golpistas. El historiador sostiene además que Franco no era general, fue expulsado legalmente del ejército por quien tenía autoridad para hacerlo, el Tribunal supremo de nuestro país, con baja en su empleo, condecoraciones y hasta trienios, y pasó a ser un bandido,



que es como el diccionario define al que está perseguido por un bando y procesado en rebeldía por rebelión.

En cuanto al nacionalismo español, no estaba ni mucho menos arraigado en la sociedad, ni al principio de la guerra civil ni nunca antes. Durante mucho tiempo España no fue más que un nombre en los juegos de tronos entre realezas; el único espíritu nacional que movilizaba a los tercios de Flandes era el dinero; el del noventaiocho fue un trauma en realidad solo para los que dejaban de llenarse los bolsillos de oro con la pérdida de las colonias en favor de una burguesía criolla y bolivariana, a la que odiarán por los siglos de los siglos. El tremendo complejo de inferioridad que siguió al de superioridad colonial no lo padeció nunca el pueblo llano, ni siquiera cuando el imperio cayó; tampoco la guerra de la independencia contra los franceses logró que catalanes, vascos y gallegos se sintieran españoles para renunciar a su verdadera identidad, más que todo porque hablan otras lenguas. Sostiene el historiador Xosé M. Núñez que el argumento legitimador para el levantamiento militar de julio de 1936 en España se centró en la nación como entidad eterna independiente de la voluntad general de los ciudadanos y del régimen político del momento.

Hubiera sido más correcto que los nacionales se llamaran nacionalistas, como los denominaban los periódicos británicos de la época³. Natasha está sorprendida por la epidemia de españolismo que se ha desatado ahora a raíz de un nuevo intento de los catalanes por obtener la independencia política. La agresiva reacción de muchos españoles le parece algo fuera de lugar y de tiempo. Se pregunta de dónde sale tanto odio. Al fin y al cabo su país de nacimiento, la URSS, fue todo un ejemplo de cómo un imperio puede descomponerse sin más. Españoles que apalean, torturan y encarcelan, se extraña ella, a quienes consideran como españoles antes que catalanes y vascos. Pasó lo mismo en 1936, es ya toda una tradición de los españolistas de pura sangre, como las corridas de toros, como lo de maltratar o asesinar a la esposa que pide el divorcio, si por ellos fuera ni siquiera estaría penalizado.

Le recuerdo cómo nos sobrecogió la guerra de Yugoslavia, ¿quién iba a esperar que gente civilizada se matara de esa manera? Por el contrario a los españoles nacionalistas, le explico, no les pareció mal que Yugoslavia se desmembrara, y nadie imagina ahora a Croacia y Serbia dentro del mismo país. Tampoco les pareció bien a los pocos nacionalistas españoles de cien años antes que Italia se unificara, y en cuanto a los de ahora ninguno admitiría que el pueblo español hubiera renunciado a luchar por su independencia de los franceses, al mismo tiempo que aceptan de muy buena gana que toda la península ibérica fuera



conquistada en su momento por los romanos. La viga siempre está en el ojo ajeno, me responde Natasha, confundiendo el refrán, o tal vez ella se refiere a que solo en los demás alcanzamos a ver nuestros propios problemas.

Los imperialismos eran cosa de reyes y gobernantes, pero ahora la gente se ha contagiado y son naciones enteras las que se comportan como niños. Mis hermanos y yo jugábamos a pintar en el suelo con tiza un círculo que dividíamos en partes iguales y declarábamos la guerra sin más a cualquier contrincante, si salía huyendo nos anexionábamos un trozo de su territorio, ahora es como si la prima de Barcelona quisiera unirse al juego y no se le permitiese participar.

La guerra civil española no fue del todo española. El bando sublevado estaba integrado por miles de soldados regulares italianos, alemanes, marroquíes y portugueses, además de algunos voluntarios irlandeses, belgas y franceses, un verdadero ejército multinacional, a pesar de ello los nacionales no tenían reparos en postularse como legítimos defensores de la integridad territorial de España ante una supuesta invasión soviética, de hecho hubo soldados franquistas a quienes sorprendió que los prisioneros hablaran su mismo idioma y no el ruso. Por su parte, los defensores de la república descubrieron asombrados que muchos moros eran rubios y hablaban alemán. Mi padre recordaba que todavía algunos años después de la guerra se oía hablar italiano por las calles, y es que el pueblo donde él acababa de nacer se había convertido durante la contienda en un inmenso cuartel.

Extraña guerra civil española en la que se usaron tantas lenguas. «El asunto español», así preferían llamarlo las cancillerías europeas, mientras Alemania no dejaba de bombardear Madrid y el ejército italiano entraba en Málaga. Incluso un fascista tan convencido y activo como el cura Juan Tusquets temía una invasión nazi en España. La que empezó siendo tal vez la última guerra de clases de la historia no tardó en convertirse en un asunto internacional, en el que cada nación extranjera jugó su papel. Unos opinan que fue la antesala de la guerra mundial, su campo de pruebas, otros que la participación de Franco en la guerra mundial se limitó a provocarla. Pero fue mucho más que eso: los militares golpistas españoles dejaron bien marcado el camino a seguir para lo que vendría después en Europa. Ya en la guerra del Rif los africanistas habían practicado la guerra química contra la población civil y bombardearon mercados con bombas de un humo venenoso que dejaba a la gente ciega y mataba a ancianos, mujeres y niños. Es verdad que no hacían más que seguir la tradición supremacista y genocida europea del



colonialismo, pero también es cierto que esa tradición criminal se remonta hasta la conquista española de América⁴.

¿Qué había detrás de la política de apaciguamiento de las grandes democracias europeas?, ¿miedo a la Alemania nazi? El 20 de julio de 1936, es decir dos días después del golpe militar en España, en un informe preparado para los miembros del gobierno británico, el secretario del gabinete, sir Maurice Hankey, hizo una advertencia dramática: con la amenaza comunista pendiendo sobre Francia y España, a lo mejor era del interés de los gobernantes británicos empezar a pensar en alinearse con Hitler y Mussolini⁵. De hecho, los servicios de inteligencia de Gran Bretaña habían ayudado al futuro Duce financiando sus primeras incursiones en la política italiana, y el director del Banco de Inglaterra contribuyó a la concesión de préstamos bancarios británicos al nuevo régimen nazi durante los primeros meses, considerándolo como una influencia estabilizadora en Alemania y como un sólido baluarte frente al bolchevismo.

Por mucho que la historia oficial siga repitiendo que la Unión soviética desplegó grandes medios para ayudar a la revolución española, Lenin no desembarcó en el puerto de Barcelona ni los rusos tomaron el distrito de Sants⁶. Lo cierto es que el bando franquista encontró un inmejorable aliado en Stalin, quien no estaba dispuesto a que lo que empezó siendo una heroica defensa antifascista del pueblo español desembocara en una auténtica revolución aún más libertaria que la que él acababa de enterrar en su propio país⁷. El objetivo número uno de la política soviética era consolidar la alianza militar con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra, y ni la Francia de Blum ni la Inglaterra de Chamberlain podían admitir la victoria de una revolución proletaria en España⁸.

Al final Stalin abandonó a su suerte también a Grecia, Italia y Turquía, en todos estos países el gobierno americano de Truman no tuvo reparos en apoyar al bando fascista, igual que hizo en España. La lucha antifascista quedó entonces en manos de organizaciones que combatían la permanencia de nazis, fascistas y franquistas en el aparato de los estados, como la Baader-Meinhof en Alemania, las Brigadas Rojas en Italia y la ETA en España. Nunca se dirá lo suficiente: en la segunda guerra mundial no se derrotó al fascismo sino a Italia y a Alemania.

De hecho el gobierno inglés mantuvo una posición bastante comprometida con los golpistas españoles. No solo no reconoció el bloque que el gobierno de la República española impuso con el fin de evitar la presencia de buques nazis que asistían a los rebeldes, sino que la armada británica impidió a la flota gubernamental el abastecimiento



de combustible en el Estrecho. Los ingleses no solo toleraron la intervención de la aviación alemana e italiana sino que además transmitieron información de las posiciones de los barcos leales a la república y, según reconocía el encargado de negocios alemán, proporcionaron armas directamente a los sublevados. Y es que el capital extranjero, fundamentalmente inglés y francés, había penetrado extensamente en la economía española y monopolizaba sectores productivos enteros, como la minería del cobre, el plomo y el hierro, y dominaba sectores de carácter tan estratégico para el desarrollo del país como el de las comunicaciones. La Compañía telefónica nacional de España, única empresa a nivel nacional que prestaba servicio telefónico, era propiedad de una multinacional estadounidense⁹.

Cuando la república española se proclamó la gente cantó la Marsellesa por las calles de Madrid, sin embargo siete años después el gobierno francés bloqueó la llegada de gran cantidad de armamento que llegó de Rusia para la decisiva batalla del Ebro, y cuando la victoria de Franco era inminente los puertos franceses se cerraron a los refugiados. Eran franceses los barcos que se esperaban y que nunca llegaron, y los que sí lo hicieron se negaron a rescatar del puerto de Alicante a miles de españoles que luego serían terriblemente represaliados. Los refugiados que lograron pasar los Pirineos fueron separados de sus familias por los gendarmes, quienes los maltrataban y les robaban sus escasas pertenencias, y acabaron internados en campos de concentración, donde murieron a miles de hambre, frío y enfermedades por el abandono del gobierno francés¹⁰.

Ahí estaban las democracias europeas, dispuestas a atacar Barcelona si la revolución popular triunfaba, mientras la URSS se dedicaba a eliminar anarquistas y trotskistas españoles y supeditaba su ayuda militar a un gobierno republicano que rechazara cualquier revolución popular.

Ni Churchill ni sus aliados americanos consintieron que una vez que Franco alcanzó la victoria se le molestara lo más mínimo, tómesese el tiempo que necesite para su ajuste de cuentas nacional, que luego le pasaremos nosotros la factura de la reconstrucción de su nación. De esta manera el Caudillo pudo cometer sus crímenes en paz durante cuarenta años. En España se legalizó el asesinato y se nacionalizó la muerte, el genocida español sabía perfectamente que saldría impune de todo aquello. Si ya tuvo el permiso del gobierno de la Alemania de Hitler y de la Italia fascista de Mussolini para dar el golpe, también tendría el beneplácito de Churchill para combatir a su propio pueblo durante la llamada guerra civil y del gobierno de Estados Unidos para reprimirlo durante la dictadura¹¹.

Las democracias no declararon la guerra a Hitler porque cometiese genocidio contra los judíos, tampoco habían reaccionado cuando Franco consumaba el suyo, el primer genocidio de la era moderna¹². Hitler no hizo más que imitarlo y perfeccionarlo. El Criminalísimo Franco fue caudillo y asesino de España no por la gracia de Dios sino por la de la santísima trinidad de Yalta: Roosevelt, Churchill y Stalin¹³.

Así que nada de que nos dejaron solos, ojalá, si lo hubieran hecho el pueblo español habría salido airoso de todo aquello. ¿A quién le puede extrañar que al vencer en la guerra mundial los aliados no liberasen España del fascismo?

Para Natasha está claro que Stalin renunció a llevar a España la revolución proletaria a cambio de proteger a su pueblo, que había sufrido un enorme desgaste frente a los alemanes.

—Bastante hizo la Unión soviética con salvaguardar a los países del este de Europa de los americanos —defiende ella—, esa es la razón de ser del telón de acero, y también del muro de Berlín. Ten en cuenta que Rusia había sido invadida tres veces en los últimos tres siglos, primero por los suecos, después por los franceses y más tarde por los alemanes. ¿Qué podía hacer pensar a los líderes soviéticos que los americanos no iban a ser los siguientes en intentarlo?¹⁴

De hecho las tropas americanas desembarcaron en Normandía para detener el avance soviético. La abuela de una amiga francesa, que había llegado a la región huyendo de los bombardeos alemanes en la zona próxima a Bélgica, recuerda que el sargento americano y negro que la atendió en el parto le contó que no estaban allí para liberar Francia de los alemanes sino para detener el avance soviético hacia el oeste¹⁵.

Imagino la cínica respuesta del general al mando de las tropas norteamericanas ante la insistencia de los combatientes republicanos españoles en Francia para que el ejército libertador cruce los Pirineos: «Para que eso suceda tendrían que haber ganado ustedes la guerra de España».

—Si los futuros enemigos en la segunda guerra mundial estaban realmente en el mismo bando en la guerra civil española, ¿quién perdió esta guerra? —Natasha me pregunta mientras caminamos a solas entre la multitud de tumbas.

Ella tiene razón, ¿dónde están los auténticos perdedores? ¿Dónde están sus tumbas? ¿Dónde están sus flores?

—No me digas que no hay tumba del soldado desconocido —Natasha vuelve a sorprenderme con una pregunta insólita—. ¿España es el país con más soldados desconocidos del mundo y no tiene monumento al soldado desconocido?

—En España los caídos tienen nombre —respondo—, no se reconoce a ningún soldado desconocido.

Es como si la patria tuviese apellidos y los caídos hubieran muerto solo por los suyos.

—Hace unos años me encontré en un bar con un amigo de la infancia que es nieto y heredero de uno de esos terratenientes que hicieron fortuna con la victoria franquista —intento así contestar a la pregunta que mi mujer me ha hecho un momento antes acerca de quién perdió la guerra—. Este amigo me reprochó que yo hubiera cambiado de bando y que traicionara con ello a mi familia y a los amigos como él. Te equivocaste de trinchera, me dijo, al tomar partido por los perdedores.

—Supongo que los perdedores de una guerra son los que pierden a alguien en ella —reconoce Natasha, como si hubiese encontrado una respuesta evidente a su propia pregunta.

Al pensar en los muertos que faltan en este cementerio creo que en España los perdedores están más perdidos que en ningún otro lugar del mundo.

—¿Sabes? —no sé por qué hablo en voz baja—, es como si no quedara nadie que me pudiera dar el pésame por mi abuelo desaparecido.

Como si fuesen los muertos lo únicos capaces de no traicionar a nadie.

—Más aún —añado—, es como si la única persona que me hubiera dado el pésame por la muerte de mi padre fuese él mismo.

—Cada uno tiene dos familias —Natasha parece no haber prestado atención a mis palabras.

—Claro, supongo que es lo que debería haberle contestado a aquel amigo —reconozco yo.

—Quiero decir que todo el mundo tiene dos abuelos.

—Yo solo conocí a uno de ellos.

—*Yo no doy el pésame al nieto de un traidor*, eso es lo que han respondido algunos de tus paisanos a mi pregunta —ella reflexiona de nuevo en voz alta.

—Una respuesta contundente a una pregunta muy directa —observo.

—¿Y si unos se referían a un abuelo y otros a otro?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo puedes estar seguro que no hablaban al abuelo que conociste?

Por muy extraño que parezca nunca me lo había planteado. El hecho de tener un abuelo desaparecido me ha cegado. Muchos nietos en España perdieron en la guerra a un abuelo que no volvió ni se



JESÚS BELTRÁN GÁZQUEZ

sabe dónde está, pero no nos hemos preocupado de la misma manera por los abuelos que no desaparecieron y que estuvieron presentes durante toda nuestra vida. Los que resultaron victoriosos, los que participaron del genocidio y cometieron crímenes horribles eran también abuelos.

Ahora que todos han muerto, mis dos abuelas y mis dos abuelos, y ahora que creo que lo sé casi todo de ellos, no es la reconciliación con el pasado lo que busco sino el enfrentamiento con la realidad de un país que no consigue olvidar porque no recuerda. Igual que si estuviéramos atrapados en una especie de eternidad y la historia fuese un reloj de arena gigantesco al que no habría forma de dar la vuelta. El franquismo intentó hacerse eterno también hacia el pasado, como si no hubiera habido vida antes de la muerte, tremendo contrasentido. Un reloj de arena se comporta como la memoria, el futuro está hecho de la misma arena que el pasado. Este reloj no tiene otra opción, la arena que ha caído todo este tiempo debe volver a caer, como si el tiempo que pasó tuviera que volver a pasar, solo entonces saldrá a la luz lo que esconde. La única manera de entender por qué nadie me ha dado el pésame por la muerte de mi padre requiere una mirada hacia atrás, un viaje al pasado, ese tiempo ineludible, incluso al pasado que no conocí. Un plan arriesgado, como conducir por dirección prohibida.

